

Ezquerria, Jesús. *Pólis y caos. Reflexiones sobre el principio de la política.* Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021, 112 pp.

Esteban Rodríguez Bandín¹

Universidade de Santiago de Compostela, España

Como el propio título indica, *Pólis y caos* es un trabajo que se basa en la relación entre estos dos términos: “*pólis*” refiere a cuando por primera vez “los hombres se imaginaron a sí mismos habitando como hombres el mundo” (p. 10) y “*caos*” refiere a la condición de posibilidad de la política y, por lo tanto, de la *pólis*. Se lleva a cabo, en consecuencia, una doble reflexión sobre el estatus de la política: primero, como principio de lo humano, como construcción de un modo de ser y de habitar como hombre; segundo, como la paradójica relación entre la *pólis* y el *caos* sin la cual el hombre no podría decidir qué ser. El objetivo del trabajo es el siguiente: responder a la pregunta clásica “¿Qué es la política?”. Para cumplir con su cometido, Jesús Ezquerria se propone la elucidación de diez conceptos propios de la política griega, razón por la que aparecen de manera continuada menciones a Aristóteles, Platón, Tucídides u Homero y demás autores clásicos, que siguen estando vigentes para pensarnos a nosotros mismos hoy en día.

En el primer capítulo del libro se trata la noción de multitud (*plêthos*) a través del diálogo con autores como Tiqqun, Max Stirner y el Comité invisible. Hay una tensión propia de la *pólis* que se da entre la unidad del pueblo y la pluralidad de la multitud (15). Tal tensión está en buscar un equilibrio entre pueblo y pluralidad sin caer en la multitud homogeneizadora de la masa, es decir, en buscar una comunidad que sea producto de las diferentes potencias singulares.

¹ esteban.rodriguezbandin@gmail.com

El siguiente apartado nos lleva al *entre* (*metaxú*) que es aquello que media en la tensión expuesta en el primer capítulo. Apoyándose en el pensamiento de Hannah Arendt y de Jean Paul Sartre, se dirige nuestra reflexión hacia una noción de *entre* como principio de la política, ya que la política se nos revela como la ausencia de “un ser del hombre” y la tarea de “constituir identidades, homogeneidades, a partir de la radical, originaria diferencia y heterogeneidad de los hombres” (23). Lo que se trata es de tener presente que la política no puede partir ya desde el ser humano, sino que construye un modo de ser propiamente humano habiéndoselas con la pluralidad; es decir, no hay un ser del ser humano desde lo que parta lo político, sino que es la política la que tiene que construir un ser *entre* los humanos (23).

El capítulo tercero, dedicado a la comunidad (*koinonía*), trata la cuestión, poniendo en diálogo a Rousseau con los clásicos griegos, que dejan pendiente los dos capítulos anteriores: ¿qué es lo común de la comunidad que es el objeto de la política? Lo común es una relación no realizada por una entidad —activa— sobre otra que la padece —pasiva— y que, en consecuencia, no se basa en la posesión de una esencia, de un rasgo común poseído por todos los integrantes de la comunidad (28). Esto provoca que la *pólis* se determine así misma de una manera doble: primero, como confrontación cara a cara y horizontal de las palabras y actos de los ciudadanos; segundo, como confrontación entre las diversas comunidades. La comunidad es algo creado en una confrontación de singularidades que genera una identidad común, pero que no reduce las primeras a la última.

Tras explorar la dialéctica no reduccionista de lo común y la comunidad, en la siguiente sección, Jesús Ezquerro nos propone el *agorá* como el asiento físico de lo común en la *pólis*, sumándose a otros autores españoles como Ortega y Gasset y Felipe Martínez Marzoa. El *ágora* es el interior de la ciudad que limita con la propia ciudad, es el aspecto negativo de la ciudad; es el espacio propio de la política, donde se reúne la asamblea de ciudadanos (p. 33). Está ubicada en el medio de la ciudad y también vacía porque, al igual que todos los conceptos examinados, tiene un carácter tensional: en ella se aloja el poder que es de todos y a la vez de nadie. Es de todos en la medida en que existe una “conurrencia de potencias equivalentes” (39) y de nadie porque las fuerzas se autorregulan de modo tal que si alguien pretende acaparar el centro el resto corrige y equilibra. Es precisamente esta “tensión equilibrada

entre violencias heterogéneas, equipotentes y contrapuestas” (39) donde el autor sitúa el fundamento de la democracia griega.

El efecto político del ágora afecta incluso al modo de construirse la *pólis*, como se nos ilustra en el capítulo quinto, puesto que el ágora está en el medio sin ser el centro en el diseño de la *pólis*, sino que queda integrada orgánicamente en el entramado geométrico de las calles de la *pólis* (51-52). En esta sección Jesús Ezquerra nos proporciona multitud de ejemplos históricos que ilustran la importancia del diseño de la ciudad. Nos remite a *Las aves* de Aristófanes y al *Critias* de Platón, pero también a autores decimonónicos, como Kafka, o contemporáneos, como Martínez Marzoa, para ilustrar que la política y lo arquitectónico se interpelan.

El capítulo sexto sigue ahondando en un aspecto arquitectónico de la *pólis*, pero esta vez para poner bien en claro cómo es su doble determinación. La muralla es, al igual que lo es el ágora en el interior, un límite de la ciudad; en este caso es un límite externo que separa las dos guerras que libra toda ciudad: la interna y la externa (58). La sucedida intramuros es precisamente la *koinonía*, lo común objeto de la política y que funda la política, la pugna de potencias iguales y equidistantes; aquella extramuros es la que une la comunidad interior salvando y curando a la ciudad de cualquier debilitamiento debido a la guerra interna. Nos deja claro el autor que la ciudadanía se juega siempre en la guerra, es por eso por lo que se ha de examinar la relación entre la guerra y la ciudad (62).

Precisamente este es el objeto del siguiente capítulo, que analiza la noción de *pólemos* de la mano del Comité Invisible, Michel Foucault, Rousseau y textos griegos clásicos como la *Iliada*. El *pólemos*, la guerra, debe entenderse como la lógica que rige el contacto de potencias heterogéneas (63). Las potencias heterogéneas son las que ya hemos visto, pero ahora aparecen bajo otro nombre: el *polítes* —el ciudadano— y el *hoplites* —el guerrero—, siendo el primero el que guerrea intramuros y el último el que lo hace en el exterior de la ciudad. Grecia nos advierte de no caer en la ingenuidad de pensar que la “guerra no queda cancelada por la política, sino que esta, en realidad, no es sino un da sus modalidades” (76). La palabra no es más que una estrategia diferente dentro de la lógica de la guerra. La octava sección sigue remarcando la importancia de lo bélico en la ciudad atendiendo a un juego preparatorio para la guerra que consistía en aprender a anular al adver-

sario: la *pesséia* (86). De nuevo, se refuerza la idea de que la tensión entre los opuestos asegura el equilibrio encarnado en el vacío de la *pólis* como indica el capítulo quinto, pero esta vez aderezado con las notas de Agustín García Calvo acerca de los fragmentos de Heráclito.

A continuación, se comienza a reflexionar, con la ayuda de María Zambrano y Cornelius Castoriadis, sobre un aspecto agónico diferente: el *cháos*. Este concepto significa “espacio” y su raíz —*cha*— significa entrea-brirse (91). En el ámbito de lo político este vacío se identifica con el *ágora*, que ya apareció antes como lugar que no puede ser ocupado por nadie (cap. 5), y la “*pólis*, por consiguiente, es lo que *limita o determina lo ilimitado, lo indeterminado*” (92). Es decir, el vacío es anterior a lo que sobre él se construye y es, a la vez, condición y límite de lo construido (96): la construcción de la *pólis* es posible en virtud de un espacio vacío sobre el que construir una comunidad no reduccionista, pero solamente si se cumple la condición de que ese espacio permanezca siempre vacío, pues al ser ocupado sería una forma de gobierno diferente de la *pólis*. En la ciudad griega conviven en tensión lo construido y su negación: el *cháos* (96).

El último capítulo (*lógos*) añade un último matiz a la concepción hasta ahora desarrollada del *agorá* y de la *pólis*. En consonancia con el concepto del noveno capítulo, se nos presenta el término *lógos* interpretado como recolectar, reunir lo que nos lleva a afirmar que “la dimensión *política* de la *pólis* es inseparable de su carácter *lógico*” (99). La relación entre la palabra y el caos dota al *ágora* de un estatuto no solo espacial, sino también ontológico: “un ámbito donde el *lógos* crea mundo, *hace ser (ón)*” (103). Ser que se crea respetando la noción de comunidad desarrollada en los primeros capítulos, puesto que lo importante del *lógos* es que se expresa en acción recíproca que iguala, en el contexto del *ágora*, al hablante y al oyente.

A través del planteamiento de una pregunta clásica — “¿Qué es la política?” — Jesús Ezquerro estudia la relación entre el caos, lo informe, y la *pólis*, lo formado. Esta relación, según se defiende en el libro, parte de que el caos es condición y límite para la *pólis*, es decir, lo construido políticamente precisa de un espacio vacío e informe que posibilite la construcción y a la vez tiene impedido rellenar ese vacío en la medida en que seguir siendo político. Este vacío, el *ágora*, no puede ser ocupado por ningún tipo de constructo puesto

que su no ocupación garantiza la génesis de una comunidad mediada por la palabra y no de un gobierno tiránico.

Así, nos deja dibujado, de forma clara y lineal una idea de lo político que resulta clarificadora sustentada en tres pilares: la equidad de potencias dentro de una comunidad, la exigencia de que el modo de ser construido por un pueblo haya de ser a través de la palabra y el respeto la equidad de potencias encarnada en el caos y, por último, la exigencia de una comunidad y no solo una mera suma de individualidades. Estamos, en definitiva, ante un texto que rescata y clarifica conceptos esenciales del carácter político del ser humano que sirven también para examinar nuestra situación actual en el que destaca, entre otras cosas, la constante confluencia de pensadores antiguos, modernos y contemporáneos cuyas ideas arrojan luz al fenómeno de lo político.